



Recibido: 11-01-2019
Aceptado: 25/02/2019
Dictaminado: 12/03/2019
Publicación: 27/05/2019

EL EXTREMISMO CONSERVADOR Y LA NUEVA FASE GLOBALIZADA DE ACUMULACIÓN DE CAPITAL

Jaime Alberto Gómez Walteros*
Bernabé Andrade Rodríguez**
Ana del Pilar Banda Mora***

Resumen

En el presente ensayo se muestra la nueva fase globalizada de acumulación de capital, apoyada y respaldada por los conglomerados financieros y cuya ideología se sitúa en la extrema derecha internacional. La ideología conservadora tiene sus fuentes en extremismos religiosos, en donde existe un culto al capital y solemnidad sobre quienes lo rigen, así como un desprecio al trabajo. En ello estriba la gran controversia. A lo largo del ensayo, se señala cómo se ha gestado este monstruo y la dinámica que ha tomado, además de por qué es necesario estudiarlo y enfrentarlo con una alternativa de poder.

Palabras clave: Acumulación, Globalización, Capital, Conservatismo

Introducción

La nueva fase globalizada de acumulación de capital en que se halla inmersa la economía fue concebida y continúa siendo dirigida por el extremismo conservador en representación de los más grandes conglomerados financieros del mundo.

El extremismo conservador es una ideología que se apoya en la conducta del superhombre, encarnada en el gran capital y el desprecio por la clase trabajadora y los más humildes. Esta ideología busca pauperizar a la humanidad y tener el dominio mundial; pretende además hacer creer que esta dinámica es propia de las leyes que rigen a una sociedad y se guían por las leyes de la naturaleza, de modo que es improcedente contradecirlas; al contrario, hay que aceptarlas sin ningún remilgo. Se busca, pues, que el gran capital sea venerado como los dioses, y cualquier acto osado que lo contradiga es merecedor de castigo, por eso se inviste de leyes, normas y jurisdicciones para gobernar a lo largo del orbe.

* Docente-Investigador en la Escuela Superior de Administración Pública, sede Bogotá, Colombia. PhD en Modelización Económica Aplicada, magister en Economía, ingeniero mecánico y economista.

** Docente-Investigador en la Universidad Autónoma de Colombia, sede Bogotá. Candidato a Doctor en Pensamiento Económico Latinoamericano, magister en Ciencias Económicas, economista y tecnólogo en Administración Financiera.

*** Docente-Investigadora. Economista por la Universidad de Cartagena, Colombia. Master in International Economics, por la Universidad de Goettingen, Alemania, y doctoranda en Economía por la Universidad de Zaragoza, España. Líneas de trabajo: Proyectos orientados a las comunidades menos beneficiadas en países subdesarrollados de África, Asia y América Latina.

La importancia de este estudio estriba en que desnuda el fenómeno señalado, como el causante de la concentración de la riqueza, el poderío, la pobreza e inequidad, ligado a múltiples fenómenos de violencia. La estructura del ensayo consiste en señalar, inicialmente el sustento económico del extremismo conservador, para analizar, enseguida, los multiplicadores de la ideología y mostrar, finalmente, cómo se ha ejercido el control de los países.

SUSTENTO ECONÓMICO DEL EXTREMISMO CONSERVADOR

Esta corriente ideológica nace en el seno del gran capital, liderado por el sector financiero, más concretamente por el subsector bancario. Su proyección y formalización corrió a cargo de un selecto grupo de intelectuales de distintas disciplinas, contratados para tal efecto.

El apoyo estatal ofrecido al gran capital, durante la etapa dorada del capitalismo, le permitió acumular un inmenso poder económico, político y social. En materia económica, ese respaldo se materializó en el sobredimensionamiento de las más grandes empresas capitalistas, las cuales, debido a la protección de los mercados, se vieron obligadas a operar con planta subutilizada, tornándose menos productivas y por ende menos rentables.

En consecuencia, la estrechez de los mercados y la caída de la rentabilidad se convirtieron en problemas económicos irresolubles en el marco del modelo de acumulación intervencionista, debido a la protección de los mercados y la participación del trabajo en el producto que el modelo mismo imponía. Esto llevó a que el cambio de modelo se volviera un imperativo.

El sustento social

La participación favorable del trabajo en el reparto del producto y el reconocimiento de importantes derechos políticos, consignados en los acuerdos de Bretton Woods, condujeron al movimiento social a un profundo letargo y a la burocratización, lo cual facilitó en la etapa subsiguiente, en unos casos, su cooptación y en otros, la derrota político militar.

El consenso político

El abordaje de los problemas económicos, políticos y sociales, que demandó la transición de un modelo a otro, llevó a que la élite conservadora llegará a un nuevo consenso

político para reformar el contrato social. El consenso estableció que el modelo a implementar tenía que ser una antípoda del prevalente en materia económica política y social. Asimismo, debía ser global por su contenido y nacional por su forma.

En materia económica, el nuevo consenso se centró en desregularizar los mercados, de manera que se permitiera la libre circulación de los capitales en todas sus formas. Además, cuando éste se localizara fuera de la casa matriz, el Estado anfitrión debía garantizarle una excelente rentabilidad y la protección correspondiente. Igualmente, se tenía que disminuir al máximo la participación de los trabajadores en el reparto del producto total, así como la utilización de la política monetaria y fiscal, para proveerse el gran capital de rentas extraeconómicas.

En materia política, la acción debía orientarse a desmontar los derechos políticos y económicos que habían alcanzado los trabajadores, y penalizar su reclamación, a fin de impedir la organización social en demanda de su restauración; además, la acción debía supeditar las decisiones de política interna a los centros de decisión, ubicados en los países centrales.

Implementación del nuevo consenso

Esta implementación demandó, como ya se mencionó, la reforma del contrato social, la cual no se llevó a cabo de manera repentina, sino complementando diferentes estrategias tanto de manera simultánea como en tiempos distintos. Un primer paso consistió en la constitución del grupo élite de intelectuales encargados de diseñar el nuevo modelo de acumulación y la estrategia de implementación, hasta su consolidación; el segundo consistió en la campaña que ese grupo orquestó para desprestigiar el modelo vigente y mostrar, al mismo tiempo, las bondades del que se pensaba implementar; el tercero se centró en la formación de los agentes multiplicadores en los países periféricos; el cuarto supuso la toma de los gobiernos y su reestructuración institucional: inicialmente, los de los países centrales y, posteriormente, los de los periféricos; el quinto consistió en la toma de los organismos multilaterales, en especial los financieros, y el sexto, en la derrota del movimiento popular.

La reestructuración se ha llevado a cabo en diferentes momentos históricos, conforme a los regímenes nacionales: en países con dictaduras militares, se impuso a lo largo de la década de 1970, mientras que en naciones periféricas que conservaron sus democracias formales, se efectuó, aproximadamente, entre 1970 y 1995; finalmente, en los países centrales y algunos de mediano desarrollo, ésta ocurrió en un período aún más

prolongado, como lo evidenció la crisis iniciada en 2007, cuando se demostró que aún había muchas tareas por desarrollar.

El grupo

Para transitar del modelo de acumulación intervencionista al modelo antidistributivo y desregularizado, el gran capital constituyó un selecto grupo de intelectuales en diferentes campos del conocimiento, especialmente economistas y abogados, a los cuales encargó el diseño de un nuevo modelo de acumulación, así como la estrategia para su implementación. Estos tenían que identificarse con el fundamentalismo conservador y la intolerancia política, pregonados por Friedrich Hayek (en Anderson, 2003).

De la logia que creó Hayek hicieron parte Milton Friedman, Karl Popper, Lionel Robbins, Ludwig Von Mises, Walter Eukpen, Walter Lippman, Michael Polanyi y Salvador de Madariaga; grupo que se autodenominó “Sociedad de Mont Pélerin”, en homenaje al sitio donde se reunían en Suiza cada dos años. El núcleo encargado de llevar a la práctica el cambio de modelo, se ubicó en Estados Unidos, más concretamente en la Universidad de Chicago, bajo la dirección de Milton Friedman y Arnold Harberger, llamados “monetaristas”.

El discurso antidistributivo y anticomunista divulgado por el grupo fue muy bien recibido por los sectores ultraconservadores, formados ideológicamente en el ámbito de la guerra fría. Según Dezalay y Garth (2002), éstos “fueron los ‘supervendedores’ quienes diseminaron estas ilusiones engañosas para satisfacer sus ambiciones políticas y profesionales, vendiendo con tal fin su doctrina como el remedio milagroso para los males de la economía” (p. 135).

Esta doctrina, falsamente llamada liberal, se oponía duramente a darle al trabajo la preponderancia que se merece en la generación de riqueza, pero le daba supremacía al capital, especialmente financiero, y, por consiguiente, a sus poseedores. Aquí comienzan el culto y rito hacia el capital financiero, y el menosprecio tanto al trabajo como a la teoría del valor-trabajo (TVT). Esta lucha pasó del estrado académico a la política para implantarse como doctrina y ley. Todo lo que atente contra el discurso ultraconservador es declarado ilegal, inconveniente y se penaliza, pues los países que no se guíen por esta senda serán declarados herejes y condescendientes de atentar contra el nuevo orden mundial y la democracia. Además de poner de su lado grandes centros académicos, la Sociedad de Mont Pélerin se apoyó en los medios de comunicación, integrados con ese fin. Para que el sistema funcionara, era necesaria la imposición de la ideología, pues sin ésta, el culto no perduraría.

La campaña publicitaria

Para dar a conocer la propuesta y permear la conciencia del grueso del público y atraerlo al proyecto, se procedió a desarrollar una amplia campaña publicitaria en los medios de comunicación y en eventos académicos, enfatizando tres aspectos: desprestigiar el modelo intervencionista, exaltar las bondades que traería la adopción del modelo desregularizado y antidistributivo, y desarrollar un ambiente de aversión en contra del movimiento sindical.

Para desprestigiar al modelo intervencionista, más allá de las fallas que éste tuviera, se argumentó que prestaba unos servicios demasiado onerosos para los empresarios y los ciudadanos, en virtud de la ineficacia de la intervención. Las “intervenciones provocaban desincentivos, generaban consecuencias no previstas que neutralizaban las intencionalidades de las políticas e imponían bloqueos a la iniciativa de los actores económicos” (Martínez, 2009, p. 90). En esa misma dirección —señala Anderson (2003)—, Hayek desarrolló “un ataque apasionado contra cualquier limitación de los mecanismos del mercado por parte del Estado, denunciada como una amenaza letal a la libertad, no solamente económica sino también política” (p. 192).

En contraposición al modelo intervencionista, se mostraba lo bondadoso que resultaba para toda la ciudadanía el acogerse al modelo antidistributivo y desregulado, el cual promovía la eficiencia económica, gracias a la prudencia y el buen raciocinio que caracteriza el manejo privado. Bajo esta perspectiva, cuando la economía opera libremente es mucho más eficiente, en tanto las fuerzas libres del mercado tienen la capacidad de asignar eficientemente los recursos, merced a un transparente sistema de precios, enviando las señales correctas tanto a oferentes como a demandantes, al tiempo que corrige automáticamente cualquier desajuste que llegase a presentar el sistema; algo que poco sucede cuando la economía es intervenida.

Según Stiglitz (2009), “los mercados libres son más eficientes” y “la mayor eficiencia se traduce en mayor crecimiento” (p. 132) y, complementa Felix (1998):

El argumento teórico para globalizar la libre movilidad del capital se funda en una macroversión de la hipótesis del mercado eficiente: que los mercados de capital liberados de la injerencia gubernativa optimizan la determinación de precios de los activos de capital y la asignación eficiente de los recursos susceptibles de invertirse” (p. 2).

Por otra parte, dado el poder que éstos habían alcanzado al momento de consensarse los acuerdos de Bretton Woods, se tildaba a los trabajadores como responsables de la crisis del capitalismo. Gracias a ese poder habían obtenido una mayor

participación en el reparto del producto, reduciendo así la ganancia de los empresarios; además, promovían la inflación y el desempleo, pues al exigir mejores salarios, tenían una exagerada participación en el gasto público, contribuyendo a dinamizar el déficit fiscal y la ineficiencia de los servicios prestados por el Estado.

Hayek y sus compañeros argumentaban que el nuevo “igualitarismo” de este período (ciertamente relativo), promovido por el Estado de Bienestar, destruía la libertad de los ciudadanos y la vitalidad de la competencia, de la cual dependía la prosperidad de todos (Anderson, 2003, p. 192).

Anderson (2003) agrega que para Hayek y sus compañeros:

Las raíces de la crisis (...) estaban localizadas en el poder excesivo y nefasto de los sindicatos y, de manera más general, del movimiento obrero, que había socavado las bases de la acumulación privada con sus presiones reivindicativas sobre los salarios y con su presión parasitaria para que el Estado aumentase cada vez más los gastos sociales (p. 93).

Esa campaña desestabilizadora fue financiada por el gran capital, por intermedio del sector financiero en cabeza del Citibank. Afirma Dezalay (2002):

La prensa también estaba en el centro de esta alianza entre Chicago y el Citibank. El reporte económico realizado por el Banco movilizó considerables recursos en beneficio del monetarismo, incluyendo especialmente a un grupo de aproximadamente 50 periodistas económicos que trabajaban en simbiosis con el Departamento de Estudios económicos de Chicago (p. 136).

En relación con los eventos académicos, éstos fueron fundamentalmente dirigidos y apoyados por la Fundación Heritage. “Los empresarios de la política conservadora de la Fundación Heritage fueron puestos a disposición de la prensa para que se organizaran debates ideológicos en los medios (p. 133).

FORMACIÓN DE MULTIPLICADORES

El gran capital de los países centrales requería de una élite intelectual que, de manera servil, se encargara de implementar el modelo globalizado y desregularizado, concebido en los países centrales para su implementación a escala mundial. De esa tarea se encargó el *monetarismo*. Para tal efecto, en dichos países, especialmente en Estados Unidos, se implementó un plan de becas para el extranjero, a las cuales podían acceder los hijos de la

élite dominante local y otros jóvenes ambiciosos e interesados en ascender socialmente; algunas de ellas se concedieron directamente en los Estados Unidos.

Las universidades externas, elegidas para desarrollar ese plan, eran las encargadas de formar la élite dominante local. Para acceder a las donaciones, éstas tenían que acoger los contenidos y nombrar a los profesores indicados por el donante. El contenido no era más que una descarga ideológica y un adoctrinamiento conservador a nombre de la ciencia. “Estos programas pretendían asegurar aliados, así como luchar en contra del comunismo con la introducción de ideas y tecnologías que conducirían al progreso económico sin necesidad de promover ideales de izquierda” (Dezalay, 2002, p. 69).

El dinero recolectado para esa labor se obtuvo de organizaciones no gubernamentales y del presupuesto nacional de los Estados Unidos. “Liderados por Arnold Harberger, de la Universidad de Chicago, sacaron provecho de la Usaid y de fundaciones filantrópicas para invertir en potenciales instituciones afines” (Dezalay, 2002, p. 81). Esta formación masiva de líderes le garantizó al capital tener en diferentes partes del mundo profesionales ideológicamente afines, que hablaran el mismo idioma, con una formación homogénea, conocidos unos de otros y que enfocaran los problemas desde una perspectiva idéntica para obtener resultados similares.

El discurso anti-obrero y eficientista que adobaba al nuevo modelo resultó atractivo para un amplio espectro de sectores populares (desempleados, subempleados), los cuales terminaron acogiéndolo sin reticencias y convirtiéndolo en parte de su ideario. Esa acogida sin reticencias operó como un plebiscito de legitimidad en favor del capital y facilitó la implementación del nuevo modelo. De esa manera, la élite dominante logró “forjar una solidaridad política mediante la creación de una uniformidad espiritual... y, con ello, una pretendida nueva cultura” (Heller, 2010, p. 266).

El enraizamiento de ese proyecto político e ideológico en los sectores populares, ha traído, como consecuencia, que un buen sector de la población aún no tome consciencia de lo lesivo que resulta para sus intereses y, por lo tanto, decida no confrontarlo, sino defenderlo, en tanto lo consideren necesario para su existencia, dado que, no obstante las restricciones que impone, abrigan la esperanza de tener un empleo, así sea con un ingreso precario.

Para la formación de los propagadores ideológicos, constituyeron instituciones llamadas calificadoras de “calidad educativa”. Uno de los indicadores de “calidad” de estas calificadoras era medir el número de profesores egresados de instituciones *amaestrantes* de Estados Unidos e Inglaterra, especialmente, y la inclusión del dominio del idioma inglés, dándole prioridad, asimismo, a las instituciones privadas que tuvieran un carácter elitista.

El sello de calidad comenzó a ser un medio de presión en los países llamados “periféricos”, lo cual, en el fondo, buscaba presionar la aceptación de la ideología impuesta. Las calificadoras, además de certificar de manera costosa, imponen las reglas de adopción del credo, perdiendo de esta manera los principios de libertad para los países aceptantes.

La toma de los gobiernos

En la medida en que el gran capital contó con una élite no sólo bien adiestrada y formada académicamente, sino políticamente adicta, fue tomando la dirección del aparato estatal, tanto en los países centrales como en los periféricos. Financió, para ello, la actividad política de individuos afines a su proyecto, permitiéndose colocar a sus agentes en todas las ramas del poder público; una estrategia nada novedosa, de acuerdo con Dobb (1981): “El capital, a través de su influencia sobre la prensa y otros órganos de opinión, y sobre los fondos partidarios, puede comprar influencia, convertir en agentes suyos a los gobiernos tanto locales como nacionales” (p. 413), a lo cual agrega Marx (1981): “El gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa (p. 32).

Un buen ejemplo de ello se encuentra en la forma como el sector financiero tomó el Congreso de los Estados Unidos, según Wade (2011):

Por cada miembro del Congreso hay cinco que pertenecen a este grupo, número mayor al de cualquier otro sector. Los congresistas dependen de los pagos provenientes del sector financiero para sus campañas de reelección y, en general, saben que no es aconsejable ir contra los bancos, o para expresarlo mejor, es una mala idea actuar contra los bancos, que es siempre diferente de sólo hablar contra los bancos (p. 37).

Al respecto, Foster (2009) afirma que “el capital (grandes empresas, financieras o no) utiliza a los gobiernos, especialmente el liderazgo del gobierno de los EE.UU., para facilitar la explotación de los recursos y la población mundiales” (p. 61). Estados Unidos y Reino Unido, dada su condición de líderes imperiales, se convirtieron a la vez en punta de lanza para presionar la reestructuración en los países restantes, sobre todo los periféricos.

Esa cruzada conservadora se consolidó en la década de 1980, con Ronald Reagan como presidente de los Estados Unidos (1981-1989) y Margaret Thatcher, primera ministra del Reino Unido (1979-1980); ambos impusieron y “predicaron la ideología del libre mercado” (Foster, 2009, p. 50). Esa toma dispuso cualquier duda sobre la actuación

neutral del Estado y de que éste encarnara la voluntad popular en el desarrollo de sus acciones:

Hay una tendencia en los teóricos liberales modernos a considerar el Estado como una institución establecida en interés de la sociedad en su conjunto para fines de mediación y conciliación de los antagonismos a que inevitablemente da origen la existencia social” (Sweezy, 1942, p. 266).

La toma del Estado imperial le ha permitido al gran capital utilizarlo en su beneficio.

La defensa global

El copamiento de la dirección del Estado en los países centrales, por parte del gran capital, ha traído como consecuencia su reafirmación como Estados imperiales; todo con el propósito de establecer un orden internacional en el que se proteja ante todo sus intereses. Ese ordenamiento les debe permitir acceder, a escala global y con total libertad de mercados, a materias primas, fuerza de trabajo, rutas de transporte y una fuerza militar disponible para cuando sus intereses se vean afectados.

Con base en ese mandato, los países centrales continúan abrogándose el “derecho unilateral de injerencia” o de intervenir en otros países y otorgarles “soberanía restringida” (Martínez, 2001, p. 186): “en especial los gobiernos de los países desarrollados, se reservan y ejercitan el derecho de acción unilateral y bilateral, y el derecho a participar en ámbitos regionales, simultáneamente a los debates y negociaciones de carácter global” (CEPAL, 2002, p. 17).

El liderazgo imperial sólo puede sostenerse con base en una descomunal parafernalia militar, que todo el mundo debe cubrir y en condiciones de someter en poco tiempo cualquier insubordinación donde quiera que se presente. Estados Unidos, Reino Unido y, en menor medida, Francia se han convertido en adalides de la intervención disciplinaria directa o indirecta.

Actúan simultáneamente como “acusadores, policías, fiscales, jueces y jurado de conciencia”. El respaldo otorgado a sus multinacionales, por los países centrales, las ha llevado a empoderarse de tal forma, que en los países periféricos se les reconoce prácticamente como si fueran un Estado, y ello las subroga de aceptar y respetar la soberanía del huésped, no acatar las decisiones judiciales y oponerse con ahínco a las políticas que consideren contrarias a sus intereses.

La búsqueda de mercados y protección de los existentes

A escala global, los países centrales han venido propiciando la conformación de organismos multilaterales, en materia financiera y comercial, donde supuestamente todos los países participan en igualdad de condiciones; sin embargo, la realidad ha demostrado que eso no es cierto, ya que los delegados de los países centrales terminan imponiendo sus condiciones a los restantes, y estos últimos las acogen sin discusión ni valoración alguna.

A los primeros, esta estrategia les garantiza que sus multinacionales podrán seguir usufructuando pacíficamente los mercados que han venido explotando, al tiempo que les abre caminos para acceder a unos nuevos. Cuando esta estrategia no funciona, se recurre a la firma de Tratados bilaterales de Libre Comercio (TLC), que dan la posibilidad al país dominante de acceder al mercado del país dominado sin restricción o contraprestación alguna. Cuando ambas estrategias resultan inviables, se recurre a la acción militar para imponer el orden que se considere conveniente.

El copamiento de la dirección de organismos multilaterales

Al mismo tiempo que se producía la toma de los gobiernos, el gran capital copaba la dirección de los organismos financieros multilaterales: Fondo Monetario Internacional (FMI) y Banco Mundial (BM), surgidos de los acuerdos de Bretton Woods, los cuales supusieron:

un rechazo de las ideas de que el libre mercado lleva incorporado un mecanismo autocorrector y está orientado a generar los mejores resultados económicos y sociales, que la austeridad fiscal y los recortes presupuestarios son el único medio fiable para salir de la crisis, y que la intervención de los gobiernos distorsiona y perjudica las perspectivas económicas futuras (ONU, 2014, p. 63).

Estos organismos fueron creados con el objeto de resolver la falta de liquidez de los países y procurar la estabilidad de las tasas de cambio; también, para facilitar recursos financieros a las naciones más débiles e invertir en su desarrollo, toda vez que “se consideraba que la estabilidad de los tipos de cambio y la expansión sostenida de la producción y el empleo eran esenciales para evitar tensiones y perturbaciones en el comercio internacional” (ONU, 2014, p. 64).

El copamiento llevó a estas organizaciones a abandonar los objetivos para los cuales habían sido creadas. “Como en otros casos, esta modificación de las funciones de los organismos de Bretton Woods no fue el producto de una negociación explícita; como

es obvio, respondía a la evolución de las condiciones ideológicas y las relaciones de poder en el nivel mundial” (CEPAL, 2002, p. 58). Según Stiglitz (2009), “están dominadas no sólo por los países industrializados más ricos sino también por los intereses comerciales y financieros de estos países” (p. 59).

Todo lo anterior ha llevado a estos organismos a comportarse como clanes privados al servicio del gran capital, desvirtuando con ello la naturaleza pública y la función social que están llamados a cumplir. El cambio de dirección les ha permitido jugar un papel muy activo en la implementación de la nueva fase de acumulación de capital en los países periféricos, especialmente en aquellos que han requerido de su ayuda, por lo que su nuevo rol les lleva a convertirse en “instituciones misioneras, a través de las cuales esas ideas fueron impuestas sobre los reticentes países pobres que necesitaban con urgencia sus préstamos y subvenciones” (Stiglitz, 2009, p. 50).

Ese condicionamiento se ha hecho realidad mediante una conexión establecida entre los organismos multilaterales, los representantes de los bancos centrales y los ministerios de hacienda de cada país. Según Dezalay (2002), los “estados tendrían el derecho de controlar los movimientos de capital pero, a cambio, los representantes de la comunidad financiera tomarían el control de las organizaciones encargadas de sintonizar a los países con el nuevo orden internacional” (p. 141).

El “Programa de Ajuste Estructural” o “Memorandos de Entendimiento” –así fue denominado el instrumento que obliga a los países a implementar la reestructuración capitalista, cuando éstos requieren de su ayuda, y que ha demandado la entrada de la nueva fase de acumulación– consigna, en toda su extensión, el recetario *monetarista* llamado “Consenso de Washington”, que comenzó a imponerse hacia finales de la década de 1970, de acuerdo con lo establecido por la CEPAL (2002): “En 1979, el Banco Mundial inició sus programas de ajuste estructural, que fueron adquiriendo cada vez más importancia en comparación con las líneas tradicionales para el financiamiento de proyectos, foco de su estrategia crediticia hasta entonces” (p. 58).

Por su parte, el FMI hizo su propia aprehensión del Consenso de Washington, el cual dista muy poco del elaborado por el BM. Su implementación comenzó a llevarse a cabo a raíz de la crisis de la deuda, en 1982. “Con la crisis de la deuda, el FMI logró mostrarse como el protector de los mercados financieros, aplicando las mismas recetas que eran clásicamente prescritas por “los doctores del dinero” (Drake, 1994, en Dezalay, 2002, p. 138).

Además de imponer la reestructuración capitalista a quienes han requerido de su ayuda, estos organismos se convirtieron en cobradores de última instancia de la banca

privada; para tal efecto, en momentos de crisis, obligan a los gobiernos nacionales a respaldar las deudas contraídas por los gobiernos subnacionales y el sector privado, con el gran capital privado, especialmente el externo.

La derrota de la oposición

Las oligarquías de los países centrales, conscientes del aletargamiento y burocratización de las organizaciones populares, se propuso postrarlas, a fin de tener el espacio despejado para implementar el modelo de acumulación de capital globalizado y desregularizado. En esa dirección adoptó dos estrategias complementarias: la cooptación tanto de la dirigencia popular como de sus organizaciones y la derrota político-militar cuando fuere necesario.

La cooptación

La degradación política e ideológica en que había caído la dirigencia del movimiento popular, y con ella sus organizaciones, sirvió de caldo de cultivo para que el gran capital realizara, a escala global, un denodado esfuerzo por su cooptación, sellándose finalmente un gran pacto entre el gran capital y el trabajo, utilizando para ello a la socialdemocracia como canal, la que a su vez se mostró como la ideología más avanzada, capaz de asegurar, de manera armónica, la existencia el capital y el trabajo, lo cual significó, simultáneamente, una profunda división del movimiento obrero.

Según Massiah (1975), “la alianza socialdemócrata reagrupa bajo la dirección del gran capital a los sectores de la burguesía que están ligados a aquél, a las capas de la pequeña burguesía intelectual y técnica y a la parte de la clase obrera que podríamos calificar de aristocracia obrera” (p. 155). La socialdemocracia, hoy en día, está agotada y ha perdido credibilidad a nivel mundial, pues sus miembros se han convertido en mercenarios del gran capital y han renunciado a la contradicción de clase; no representan sino los intereses de grupúsculos que añoran estar bajo el timonel del gran capital, cuando son simples convidados de piedra; sin embargo, su imagen ha servido para desprestigiar la lucha de clases, que sigue vigente.

La represión

Aquel sector de los trabajadores y del movimiento social que no fue cooptado, y que continuó expresando cierto nivel de rebeldía contra el capitalismo, fue sometido al hostigamiento y la represión en todas sus formas. Mientras que en los países centrales y otros de menor desarrollo, el hostigamiento, la persecución política, la satelización y la

deslocalización de la producción eran utilizados para liquidarlos, con el mismo fin, en los países periféricos, especialmente de América Latina, se aplicó no sólo la represión política, sino la fuerza militar, de manera que en este sofocamiento se evidenciaron dos estrategias.

En el grupo de países donde el movimiento social expresaba cierto grado de fortaleza, se procedió de inmediato a instaurar dictaduras militares que lo derrotaron con prontitud. En el otro grupo, se procedió a oprimirlo mediante fuerzas paramilitares, dirigidas y controladas por la fuerza pública; en ambos casos, se encarceló, desterró o asesinó a la dirigencia y la militancia de las organizaciones sociales, destruyéndolas por completo o dejándolas muy debilitadas. En los países restantes, en donde el movimiento era más débil, bastó la represión policial y judicial.

REACOMODO IMPERIAL, PURIFICACIÓN DE LA ALIANZA SOCIAL DEMÓCRATA Y SATANIZACIÓN DE LOS POBRES

La profunda crisis que atraviesa el capitalismo desde el año 2007, y de la cual no se avizora una pronta recuperación, ha sido utilizada por el gran capital para intensificar un nuevo reparto del mundo; hecho que han adelantado las élites oligárquicas de los países que se reclaman integrantes de la élite imperial. En el desempeño de esa tarea, el gran capital viene depurando la alianza social demócrata que lo llevó a la dirección del Estado, pero sin perderlos como base social. Para ello, invoca el nacionalismo ultraconservador, que permite satanizar los pobres de fuera y las minorías nacionales. La socialdemocracia ha estado apoyando a los partidos ultraconservadores, en medio de su descrédito, y los conservadores lo ponen como ejemplo de buen acompañamiento para negar la lucha de clases existente, a cambio de pequeñas lisonjas y bonificaciones.

El nuevo reparto

Este reparto no es una situación que se vislumbre muy claramente, dado el rol predominante que viene ejerciendo Estados Unidos sobre otros países centrales, a los cuales considera imperialistas de segunda clase. Varios de ellos le sirven como punta de lanza para doblegar determinadas regiones del mundo, lo que garantiza que serán tratados como subimperios o imperios de segundo nivel.

El desarrollo subordinado de Europa

Se controla el accionar de Europa en lo económico, político, social y militar, como un subimperialismo. Acompaña a Estados Unidos en su lucha por consolidar terrenos estratégicamente importantes para afianzar su poderío; así, ha sido un aliado en la toma del Golfo Pérsico, el control del norte de África, y ha servido como “tapón” a la debilitada expansión de Rusia.

La purificación de la alianza

Esta purificación ha dado lugar a movimientos nacionalistas de extrema derecha o fundamentalismo conservador, de los cuales unos cuantos han llegado a la dirección del Estado. Estos movimientos se han convertido en “la vanguardia de una agenda de extrema derecha que se ha apoderado de toda Europa, enarbolada por quienes están explotando el vacío político creado por el fracaso de la Unión Europea para hacer frente a la crisis” (Verhofstadt, 2016, p. 2). En el fondo de esto, subyace una reestructuración del capitalismo y un reparto del mundo, en el cual los cooptados del período anterior no son necesarios para compartir la dirección del proyecto, pero sí como base de apoyo.

La satanización de los pobres y las minorías

“La cohesión ideológica de las capas en cuestión (campesinos, comerciantes) permite a la burguesía servirse de ellas como complemento de sus alianzas de clases” (Massiah, 1975, p. 121). Los sectores subordinados en ningún momento llegaron a la dirección del Estado, lo cual facilitará más adelante dejarlos por el camino.

Esto ha conducido a que los dueños del gran capital, de manera unánime, se lancen en una cruzada para convencer a los pobres de que son responsables de la crisis y, aún más, que ellos mismos deben resolverla. Se está haciendo creer a los residentes que tanto el desempleo que padecen como la caída de sus ingresos se deben a la llegada de personas extranjeras que llegan a disputarles los puestos de trabajo en su propio país, haciéndolos perder su estatus y mostrándoles un panorama incierto en la búsqueda de prosperidad o bienestar.

Los problemas creados por el capitalismo, a escala global, se han adjudicado a los pobres que viven fuera de sus países y a algunas minorías nacionales, en quienes se pretende generar miedo y resentimiento, al tiempo que se presenta a los difusores de las mencionadas campañas de convencimiento como superhombres capaces de resolver los problemas de sus propios países y los del resto del mundo.

Lo anterior desata tendencias xenofóbicas, bajo las cuales se culpa a los extranjeros pobres de ser los causantes de la violencia, de ser usurpadores de los bienes ajenos, violadores de mujeres y niñas; de aprovecharse de los beneficios que presta el Estado, así como de generar desempleo y caída de los salarios; razones por las cuales, esos “inmorales” debían ser violentados y expulsados sin ninguna consideración de los países adonde llegan y vetar su ingreso a futuro.

Las posturas conservadoras confrontan los principios liberales de mercado esgrimidos por Smith (cit. por Gómez, 2010), para quien el trabajo debe tener libertad de movimiento como el capital, pero la cruzada monetarista, mal llamada “neoliberalismo”, sólo da preponderancia al capital, por eso se les puede categorizar como pseudoliberales.

Las minorías también han sido acusadas de acabar con los valores en que se sustenta la familia conservadora y de interferir en los privilegios que reciben los blancos, considerándose en este grupo a las minorías sexuales, religiosas y a las poblaciones diferentes a la blanca. Con ayuda de los medios de difusión masiva, encargados de hacer extensivo, de manera persistente, ese tipo de concepciones, se forma una mayoría de “irracionales” que, en última instancia, terminan legitimándolas y actuando en función de las directrices de sus azuzadores, que son sus jefes o empleadores.

La estrategia persigue, simultáneamente, fomentar la pérdida de credibilidad en los adversarios a la ideología conservadora, orientada más bien a la creación de falsas idolatrías y una neurosis susceptible de desembocar en violencia. Una vez que estas corrientes adquieren un gran poder, lo utilizan para intimidar a todo tipo de opositores, legalizando la impunidad en su beneficio.

EL CONTROL DE LOS PAÍSES SUBORDINADOS

El nuevo contrato social adoptado por los países periféricos ha dejado los canales abiertos para que los imperiales ejerzan control sobre todos sus ámbitos de existencia como naciones. Un control que se ejecuta mediante tratados multilaterales o bilaterales, a través de los cuales el país periférico en turno pierde por completo su soberanía, en vista de que las discrepancias jurídicas emergentes se resuelven en tribunales extranjeros, a la medida de los reclamantes externos. Igualmente, el control sigue ejerciéndose vía movimientos de capital, además del control directo que realizan las multinacionales en los países sede, interviniendo en sus centros de poder.

CONCLUSIONES

Las bases sobre la nueva acumulación de capital, especialmente el financiero, se encuentran inmersas en políticas ultraconservadoras que han buscado cultivar ideológicamente el culto y rito al capital, y despremiar el trabajo. Lo han conseguido a través de formación de líderes, centros educativos, medios de información; usando el chantaje, la compra de conciencias, la coerción y la jurisprudencia a su favor, e incluso mediante la violencia. Esta acumulación ha generado un mundo más desigual, amedrentado y subyugado por el poder financiero mundial, que instala normas, penaliza y rompe fronteras, a la vez que acumula fuerzas procedentes de alianzas para imponer su voluntad.

La tiranía de capital financiero y las multinacionales condicionan las tendencias del mercado y propician que los países dependientes sean vulnerables ante la volatilidad de los mercados y la dependencia tecnológica. Esto queda demostrado con la actual crisis económica.

Para enfrentar la arremetida ideológica conservadora institucionalizada a través del capital financiero y sus consortes, es necesario generar alternativas de poder; sentar las bases filosóficas y políticas para ello y, mediante éstas, consolidar fuerzas muy bien organizadas y dispuestas a conseguir los logros que se le han negado a la mayoría de los países en desarrollo.

REFERENCIAS

- COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA (2002). *Globalización y Desarrollo*. Santiago de Chile: CEPAL.
- DEZALAY, Y. Y GARTH, B. (2002). *La internacionalización de las luchas por el poder: La competencia entre abogados y economistas para transformar los Estados latinoamericanos*. Bogotá, Colombia: Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos, Universidad Nacional de Colombia.
- DOBB, M. (1981). *Estudios sobre el Desarrollo del Capitalismo*. México: Siglo XXI Editores.
- FELIX, D. (1998). La Globalización del Capital Financiero. *Revista CEPAL*, Número extraordinario, 2903, 139-154. Recuperado de: <http://repositorio.cepal.org/handle/11362/37962>,

- FOSTER, J.B. Y MAGDOFF, F. (2009). *La gran crisis financiera: causas y consecuencias*. Trad. Asunción Renau. México. Fondo de Cultura Económica (FCE).
- GÓMEZ W., J. A. (enero-junio, 2010). La migración internacional: teorías y enfoques. Una mirada actual. *Semestre Económico*. 13(20), 81-99.
- HELLER, H. (2010). *Teoría del Estado*. Trad. Luis Tobìo. México: FCE.
- MARTÍNEZ, N., R. (2009). *La Institucionalidad de la Agricultura y el Desarrollo Rural: consideraciones para su análisis*. Recuperado de: <http://www.fao.org/agronoticias/agro-publicaciones/agro-publicacion-detalle/es/c/60783/>
- MARTÍNEZ, N., R. (s/f). *La Institucionalidad Agropecuaria en América Latina: Estado Actual y Nuevos Desafíos*. Santiago de Chile: FAO—Oficina Regional para América Latina y el Caribe. Recuperado de: <http://www.fao.org/agronoticias/agro-publicaciones/agro-publicacion-detalle/es/c/60783/>
- MARTÍNEZ E., R. (2001). Internacionalización del capital y función económica del Estado. En Kaplan, M. y Manrique Campos, I. (Coords.), *Regulación de los Flujos Financieros Internacionales*. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
- MARX, K. Y ENGELS, F. (1981). *Manifiesto del Partido Comunista*. Moscú: Progreso.
- STIGLITZ, J.E. (2009). *El Malestar en la Globalización*. Trad. Carlos Rodríguez Brown. Madrid: Punto de Lectura.
- VERHOFSTADT, G. (2016). *Europe's Rule-of-Law Crisis*. Recuperado de: <https://www.socialeurope.eu/2016/04/europes-rule-law-crisis/>.
- WADE, R. H. (2011). La Gran Recesión: balance y perspectiva. *Boletín Internacional de Investigación Sindical*. 3(1), 21-54.
- WADE, R. H. *Crisis: Causas, perspectivas y Alternativas*. Ginebra: Organización internacional del Trabajo (OIT).
- SWEETZ, P. M. (1942). *Teoría del Desarrollo Capitalista*, La Habana: Ediciones Populares Los Andes.